

El don valioso de sus poemas.
Acerca de la correspondencia René Char / Raúl Gustavo Aguirre

Mario Ortiz*
Universidad Nacional del Sur

Resumen:

El siguiente artículo propone un recorrido crítico por la correspondencia recientemente editada entre Raúl Gustavo Aguirre y René Char en torno a la figura del traductor, a la traducción como forma de escritura poética y a la construcción de una amistad hecha de palabras, afectos y admiración, materializada en poemas traducidos.

Palabras clave: Traducción – Género epistolar – Escritura poética.

Abstract:

This article proposes a critical examination of the recently published correspondence between poets Raúl Gustavo Aguirre and René Char, with a focus on the figure of the translator, translation as a form of poetic writing, and building a friendship out of words, affection, and mutual admiration, materialized in the translation of each other's poems.

Keywords: Translation – Epistolary genre – Poetic writing.

Como un primer abordaje previo al recorrido de lectura y formulación de hipótesis, resulta pertinente trazar una somera descripción del objeto de análisis. El 6 de octubre de 1952, Raúl Gustavo Aguirre le envía una carta a René Char donde le informa que le dedicarán un número completo de la revista *poesía buenos aires* (será el importante número doble 11/12 de otoño/invierno de 1953); le adjunta como gentileza un ejemplar de la revista; le solicita material crítico de Blanchot para incluir en el número monográfico y concluye manifestándole su más absoluta admiración. Esta carta marca el inicio de una nutrida correspondencia que ambos poetas mantienen a lo largo de casi treinta años, hasta el fallecimiento de Aguirre en 1983.

A partir de un encuentro organizado en 2013 por la cátedra de literatura francesa de la UCA y su profesora titular Magdalena Cámpora, se estableció una fructífera relación entre Marta Santalla de Aguirre, Marie-Claude Char (viudas de ambos poetas) y Rodolfo Alonso, el miembro más joven de la revista. Entre ellos, pudieron reunir la correspondencia casi completa cuya primera edición francesa se publicó en Gallimard en, el año 2014. En 2016, Edhasa imprimió la primera edición española ampliada con correspondencias inéditas, prólogo de Rodolfo Alonso y traducción de Magdalena Cámpora quien además realizó un riguroso trabajo de edición con aparato bibliográfico y un muy documentado cuerpo de notas.

El nombre de Raúl Gustavo Aguirre (1927-1983) está indisociablemente unido a su tarea como editor y “alma mater” de la revista y movimiento *poesía buenos aires*, y a su continuo trabajo de traductor de poesía francesa. Para decirlo en términos actuales, fue un animador cultural que contribuyó a dinamizar el sistema poético argentino gracias a una actividad intensa de promoción, difusión y tejido de redes de lectura y circulación. Casi todos los que tuvieron contacto con él coinciden en señalar su compromiso y enorme generosidad. Frente a esta actividad, su propia producción poética ha quedado quizá algo más desplazada, como veremos más adelante.

La revista *poesía buenos aires* fue la gran empresa de Aguirre y la “continua obsesión” (según sus propias palabras) que llevó adelante entre 1950 y 1960. Explicar la importancia de esta revista para la poesía argentina sería redundar en un tópico que ya fue analizado por la crítica en diversos trabajos. Sólo para trazar una síntesis que resulte significativa, nos remitimos a la evaluación que realizara la otra gran publicación de poesía argentina contemporánea, el *Diario de poesía* que le dedicase un dossier en el N° 11 (verano de 1988/89). Según Daniel Freidemberg, el movimiento supuso “la definitiva inserción de la poesía argentina en la modernidad” (22). En los diversos testimonios recogidos entre quienes

estuvieron vinculados al proyecto, resulta peculiarmente valioso el de Leónidas Lamborghini –agente decisivo en la renovación poética de los noventa– para quien el movimiento implicó “una nueva manera de escribir versos: una ruptura definitiva con el sonsonete elegíaco de la generación del ’40; el conocimiento de nombres nuevos en nuestra poesía y de mucho de lo mejor de la poesía contemporánea que no había circulado todavía en el país” (18). Para Alberto Vanasco, esto supuso “una puesta al día” de un sistema poético que estaba retrasado no sólo por la regresión neorromántica que señalaba Lamborghini, sino por la recuperación de poéticas desatendidas por los martinfierristas treinta años atrás, como el caso de Apollinaire, Rimbaud o Mallarmé (17).

La política de traducción llevada adelante por la revista fue una pieza clave en la puesta en hora de este reloj atrasado, para usar una metáfora de Pascale Casanova. Raúl Gustavo Aguirre fue un agente importador de primer orden. En este marco, ubicamos la correspondencia con René Char y una prolongada relación entramada con el afecto mutuo, la tarea de la traducción, el intercambio de material literario y contactos institucionales.¹ Sin embargo, existe una peculiaridad que se advierte de inmediato. Como lo plantea la propia Càmpora, este intercambio epistolar se plantea desde el principio como desigual. Esto resulta lógico si se piensa que en 1952 Aguirre era un poeta de veinticinco años, prácticamente desconocido en un país del Tercer Mundo. Por el contrario, René Char tenía veinte años más; era un poeta reconocido en un país con altísimo capital literario como Francia, a lo cual se le debe sumar un doble antecedente de muchísimo peso simbólico: había participado en el movimiento surrealista y en algunas de sus intervenciones y, posteriormente, formó parte activa de la Resistencia contra la ocupación nazi con el sobrenombre de Capitán Alexandre. El carácter de resistente, ya de por sí, lo mismo que a su amigo Albert Camus, le otorgaba en la propia Francia de posguerra una legitimidad indiscutible.

Se constituye, entonces, lo que Patrizia Violi denomina un “contrato epistolar entre los interlocutores (...) que establece la relación entre ellos y los legitima en cuanto sujetos del intercambio epistolar. Tal contrato (...) tiene por objeto el reconocimiento de una relación y la

¹ Rodolfo Alonso señala en el prólogo que aunque los íntimos sabían cuánto los unía a ambos poetas, ninguno tenía conocimiento de ese intenso intercambio epistolar que mantuvo celosamente oculto. Lejos de cualquier conjetura insidiosa, para Alonso esto es una prueba más que fortalece las imágenes de la revista y del propio Aguirre en su “absoluta carencia de servilismo, de astucia o complacencia (...) Si esa convicción no hubiera sido íntegra, ¿cómo explicar que, a diferencia de tantos, Aguirre ni pensó en obtener el más mínimo provecho ‘exhibiendo’ semejante contacto?” (2006: 23)

constitución de los sujetos definidos por esa relación” (91). De tal manera, este contrato enunciativo remite a un fenómeno ampliamente discutido en la teoría y la crítica: las relaciones entre el sujeto real (emisor) y el sujeto textual. Más aún, como señala Violi, “en ningún texto mejor que en la carta se exhibe y se pone en práctica la dialéctica entre la realidad concreta del acto de enunciación, su anclarse en la presencia de un sujeto real, y su transformación en figura de discurso, en un efecto del discurso que se da sólo en el lenguaje” (89).

A partir de esto, podemos comprobar cómo el sujeto textual Aguirre, desde la primera hasta la última carta, se constituye como subalterno frente a un Char al que denomina explícitamente “mi hermano mayor compañero”. Una relación entre discípulo y maestro marcada por la humildad y la devoción como ya casi no existe más en la Argentina moderna, afirma con nostalgia Ricardo Herrera en una reseña publicada recientemente en *Hablar de Poesía*. Char, por su parte, acepta en forma tácita esa distribución de roles, manteniendo una cierta distancia pero en todo momento atravesada por muestras de afecto que, aún siendo parte de la retórica epistolar, al mismo tiempo la excede: reiteradas veces lo invita a pasar una temporada de vacaciones en su casa de Provenza, lo que finalmente puede concretarse en 1974. De este modo, se advierte cómo, con el pasar de los años, se va consolidando una amistad fundada en la palabra escrita. Esta asimetría se materializa también en el volumen del intercambio: de las 72 cartas conservadas, 47 fueron enviadas por Aguirre y 25 por Char.

La devoción adquiere una intensidad tal que lo lleva a Aguirre a suscribir determinadas expresiones que, al menos en una primera lectura efectuada desde los códigos de relación actuales, resultan por lo menos sorprendentes: “Hace tanto que me inclino sobre sus poemas y vuelvo a ellos constantemente. He llegado a creer solamente en usted” (6/10/52); “en cuanto a nosotros, pienso en cierta afinidad. Pero no soy vanidoso...esa afinidad es sólo admiración. Pero ¿acaso no hay una felicidad verdadera al poder admirar a un poeta...? (21/12/57); “Pienso en usted, en usted” (1/10/69).² Matías Serra Bradford se corre de los conceptos elogiosos de Herrera y evalúa duramente: “las cartas (...) son una larga puesta en escena –a ratos patética, a ratos conmovedora– de la relación maestro y discípulo”

²Incluso, en medio de una carta que le envía el 23/12/54 donde le avisa que no puede viajar a Europa, le transmite esta noticia: “Me he casado hoy y le hago llegar los saludos de Marta...con quien he compartido la altura de sus poemas desde cuando, en otro tiempo, las distancias enormes nos separaban, aquel ‘crid’amour des crapauds’...”. Y en una posdata le avisa que todavía no llegó el ejemplar de una revista donde Char hizo publicar poemas del argentino.

(Serra Bradford: s/n). Este contexto explica la ausencia de lo que puede registrarse en otros epistolarios: un intercambio de ideas, análisis literarios, objeciones o conatos de polémica. Aguirre construye un enunciador que en casi todo momento se limita a agradecer, a confesar los efectos que la poesía de Char produce en él y las dificultades que debe vencer para traducir esos textos que lo dejan en estado de suspensión, a informar sobre aspectos más utilitarios (envío de libros, autorizaciones para publicar, formación de redes de contactos). Serra Bradford avanza en su evaluación negativa y arriesga dos conceptos que deberemos, a su vez, someter a análisis: asimetría e inmolación. “En un punto, Aguirre sacrificó su propia obra: quizá hubiera sido mucho mejor poeta de no haber existido Char” (Serra Bradford: s/n), concluye en su reseña.

En el estado actual de nuestras investigaciones, resulta imposible suscribir o refutar el juicio de Serra sin realizar un cuidadoso análisis comparativo de la producción literaria de ambos poetas. Recién hace dos años, Ediciones del Dock publicó la obra completa de Aguirre, lo que permitirá efectuar un panorama completo de sus líneas estéticas principales, desarrollo y transformaciones. A partir de esto, será posible establecer los puntos de contacto y desvío con respecto a la poética del francés. Esto, por supuesto, será objeto de otro trabajo. Pero, según nuestra hipótesis, pensar la relación entre ambos solamente en términos ancilares, de subalternidad o –para usar un concepto muy debatido– de “influencia” bloquea la posibilidad de poner en foco otras operaciones de escritura y reescritura, traducción y apropiación, fenómenos ciertamente más complejos de los que estas cartas constituyen un testimonio invaluable.

Ante todo, es completamente cierto que cada línea de las correspondencias explicita una admiración sin reservas. Esa admiración llega a tales extremos de intensidad que Aguirre confiesa quedar en estado de suspenso, de una fascinación muda: “No puedo hablar de sus poemas, sólo decir cuánto recupero de mí en ellos, cómo me ha sido otorgado leerlos en la gracia de la lucidez y su proximidad, de la que tanto bien obtengo...” le confiesa (31/8/53). Y cuatro años más tarde repite: “Ante su obra me siento intimidado, no puedo hablar de ella, temo perderla al ‘tocarla’” (21/12/57). Por esto mismo, la traducción del libro de Char *Dans la pluie giboyeuse* avanza dificultosamente: “no he podido trabajar porque me deslumbro y quedo en suspenso cada vez que lo retomo” (24/12/68). Más que un ejercicio de lectura y de goce, enfrentarse a la poesía del francés tiene que ver con el orden de una experiencia que bordea lo inefable. Nos atreveríamos a describirla empleando un término que proviene de la teoría romántica: lo *sublime*. Para desarrollar estos aspectos es necesario acudir a un trabajo

reciente de Magdalena Cámpora, la misma editora de las correspondencias, cuyas tesis centrales retomamos y profundizamos para efectuar una lectura propia.

Para René Char la producción poética de Rimbaud es un “fenómeno intocable”, “fuego general y boca de cráter” que no se deja traducir a otro lenguaje que no sea el suyo propio y, por lo tanto, todo comentario o crítica es redundante o secundaria. Aguirre comparte la misma concepción y hasta metáforas similares: la palabra de Rimbaud es el “fuego común de Heráclito”, “fulguración estelar”, “un poema posee un ‘secreto’, algo inexpresable e intraducible a otras palabras que no sean las del propio poema” (Aguirre 1983: 27). Sin embargo, el argentino de hecho traduce, y para eso pone en práctica una serie de estrategias que le permiten desplazarse de esa supuesta intangibilidad y autonomía absoluta del hecho poético. La traducción no es un mero equivalente del original en la lengua huésped; es una *versión* que intenta mantenerse fiel no sólo al sentido sino a la “verdad poética”, lo que implica sustraerse a la tentación de interpretar o simplificar la oscuridad y multiplicidad de los sentidos virtuales del texto. Aguirre resuelve el problema que opone la inefabilidad del poema a su transmisibilidad. La hipótesis de Cámpora es que Aguirre funda su legitimidad al intervenir el núcleo intocable de Rimbaud con una lengua de traducción informada por su propia creación poética (Cámpora 2014: 57).

Cámpora considera que la actitud hacia Char es distinta porque, sin abandonar el concepto de versión, mantiene una relación de subalternidad y reconocimiento de la autoridad de su maestro al someter a su evaluación las propias traducciones. Sin embargo, a lo largo del intercambio epistolar se encuentra evidencia de que algo similar realiza con su propio maestro. Su poema que, como vimos más arriba, no se puede hablar ni elogiar, ni siquiera mencionar sino “sólo habitarlo en su don el mayor tiempo posible” (6/3/62) genera en ese extremo de la mudez el retorno al lenguaje. Aguirre escribe el 1/10/69: “Su don se cruzó con mi poema (...) Me lo he hablado en mi lengua, como casi siempre, para acercarme más, si es posible, a él”. Habitar un poema no implica la mudez reverencial ante la palabra del maestro o el vacío del silencio frente a los límites del lenguaje, sino construirle una casa en la propia lengua. En un punto, tienden a desdibujarse los límites entre traductor y objeto traducido, entre lectura y escritura: traducir es prestar la propia voz y el propio cuerpo para que el otro hable. Pero precisamente por eso, en ese punto de cruce e in-corporación de voces –en el sentido etimológico de volverse cuerpo– se genera cierta ambigüedad acerca de quién habla: el texto traducido pasa a ser parte de la producción poética del traductor porque participa de la misma pulsión de deseo por y en el lenguaje; un deseo que, siguiendo a

Barthes, podríamos calificar como erótico. En este sentido, resultan reveladoras estas declaraciones: “traduje...varios poemas suyos por el placer de verlos surgir de mí mismo” (2/3/65). Si se sigue por esta línea de pensamiento, resulta una conclusión lógica que Aguirre finalmente escriba el 10/3/69: “...necesito a veces traducirle a usted antes que escribir yo: es la misma tarea, y siento entonces más necesario lo primero”.

Se plantea entonces una cuestión que parte de los problemas específicos de las teorías de la traducción pero al mismo tiempo las excede para plantear una serie de problemas acerca de la escritura en el sentido más general. Si escribir un poema y escribir la traducción de un poema tienden a ser equivalentes, ¿cuáles son los límites –si es que los hay– entre la producción propia y la del otro? ¿Acaso debe considerarse que las traducciones son parte integrante de la misma producción poética de Aguirre? Hacia esta respuesta se inclina Ricardo Herrera al comentar la antología del poeta francés traducida por Aguirre para Ediciones del Mediodía en 1968:

Nunca he sentido al leer esas versiones que estaba ante una traducción; más bien, por el contrario, siempre tuve la convicción de estar leyendo un texto original; tan es así que hoy me animo a afirmar que ese libro es de Aguirre, y que es además el mejor libro de Aguirre. Esta convicción la corrobora la lectura de las otras versiones de Char que existen, ya que en ellas sí se hace patente la sensación de estar ante textos traducidos (Herrera: s/n).

Como habrá podido advertirse, partimos de las tesis de Cámpora pero las extremamos: a pesar de las declaraciones (sinceras, sin duda) de fidelidad, Aguirre interviene con su lengua poética en el núcleo poético de su maestro al igual que lo hace con Rimbaud. Podría insertarse este episodio de la poesía argentina en esa tradición de grandes traductores/creadores que se apropiaron de un texto lejano para incorporarlo a su presente y a su idioma. Todos recordamos el ensayo en que Borges analiza un caso peculiar: “Swinburne escribe que FitzGerald ‘ha dado a Omar Khayyán un sitio perpetuo entre los mayores poetas de Inglaterra’ (...) Algunos críticos entienden que el *Omar* de FitzGerald es, de hecho, un poema inglés con alusiones persas” (Borges 1999: 128-129) En la misma línea, para Ezra Pound la traducción de las *Metamorfosis* de Ovidio hecha por Arthur Golding (1536-1605) es el mejor libro del idioma inglés, mientras que Gavin Douglas (1474-1522) en su versión de la *Eneida* hizo “algo mejor que el latín de Virgilio” (Pound 1977: 47). Por supuesto, se puede estar de acuerdo o no con estas evaluaciones que se condensan en sentencias que, por momentos, parecen tan iluminadoras como arbitrarias; del mismo modo, sería un abuso afirmar que el René Char de

Aguirre es un poeta argentino con alusiones al mediodía provenzal. Sin embargo, esta tradición de traductores creadores señala una línea de trabajo en la que se puede pensar las complejas relaciones entre producción poética, traducción y recepción en el sistema literario argentino.

Recuperemos ahora una cita anterior: “He llegado a creer solamente en usted”. Está en la primera carta que le envía el argentino (6/10/52) y, por lo tanto, adquiere el valor de un posicionamiento inicial, de un modo de relación con el otro y hasta de diferencias jerárquicas. Aquella declaración puede parecer un tanto curiosa, pero debe desplazarse del ámbito puramente privado para ponerla en relación con el horizonte de los lectores de *poesía buenos aires*. En la nota final que cierra el número 11/12 dedicado por completo al francés, Aguirre escribe: “no podemos ignorar por más tiempo a este poeta que ha asumido con todas sus consecuencias la voz de la verdad, la voz de la esperanza, la voz del hombre. Libertad, justicia, redención. (...) Char no ignora ni miente, ni tampoco exagera (...) y a fe que podemos creerle, que podemos confiar en él” (2014: 138).

La actitud de creer o no creer en alguien implica una dimensión moral que excede los elementos puramente formales de un texto. Como si fuese una especie de profeta laico o vidente, Char expresa una serie de valores transhistóricos, pero que se encuentran materializados en una trayectoria biográfica (resistente contra la ocupación nazi) y verbal (la voz del que escribiera *Hojas de Hypnos*). Esto, por supuesto, se vincula a un aspecto característico y bien conocido en esta *poesía buenos aires*: el corte vitalista presente a todo lo largo de su publicación que, en la línea de la tradición vanguardista, buscaba unir el arte y la vida. Esta identificación suprime la dualidad entre el poeta (el hombre) y el poema en favor del primero. En una nota editorial seguramente escrita por Aguirre publicada en el número 6 (verano de 1952) se sintetiza esta proposición como un programa: “Queremos una revista de poetas y no una revista de poemas”.

El epistolario permite confirmar la asombrosa persistencia de esta idea ya que el 6 de septiembre de 1974, luego de haberlo conocido personalmente y permanecer en su residencia de Les Busclats en Provenza, Aguirre le escribe y remarca: “Usted es *el hombre de sus poemas*, y de eso estaba yo seguro”. Después de veinte años, se confirmaba finalmente aquel principio. Las palabras escritas que dejaban entrever a un hombre se suspenden por un momento cuando el hombre se presenta y las reafirma en la definitiva fusión del arte y la vida. Ese encuentro que se estuvo preparando y postergando durante años, desde las primeras invitaciones del francés, es el que deja por un momento en suspenso la comunicación escrita,

innecesaria porque está la presencia y la voz del hombre. Nosotros, lectores de una correspondencia donde asistíamos a la construcción de esa amistad hecha de palabras, afectos y admiración materializada en poemas traducidos, quedamos por un momento definitivamente afuera. La ausencia de cartas mientras dura la visita de los amigos deja un vacío que la editora intenta colmar con una foto de ese encuentro, el matrimonio Aguirre y el poeta bajo el sol del mediodía francés. Voyeurs y escrutadores de unas palabras privadas que no estaban dirigidas a nosotros, comprobamos que esas palabras se refugian en una intimidad a la que nunca tendremos acceso.

Colocar al poeta en un lugar excepcional responde, sin dudas, al núcleo central de una herencia romántica (el Genio) a través de la presencia de Rimbaud y su “Carta del vidente”. Pero también puede pensarse como marcado por otra problemática que constituía un rasgo de época: la preocupación por el hombre y la responsabilidad de los escritores. Ya en el período de entreguerras, Martin Heidegger, Karl Jaspers, Jacques Maritain y Emmanuel Mounier constituían referencias claras de un pensamiento que hacía centro en la condición existencial humana. Por supuesto que, luego de los horrores de la Segunda Guerra y Auschwitz, cobra urgencia y visibilidad mundial a través del existencialismo sartreano. En su conferencia “Los fines del hombre”, Jacques Derrida establece que el humanismo era en ese momento “una especie de suelo común de los existencialismos, cristianos o ateos, de la filosofía espiritualista o no, de los valores, de los personalismos de derecha o de izquierda, del marxismo de estilo clásico” (1998: 153). Ese *humanismo difuso y general*, como lo denomina Judith Podlubne, era el que determinaba en buena medida la orientación de la revista *Sur* y de su directora Victoria Ocampo, en oposición a otra tendencia muy fuerte en la misma revista encabezada por Borges y Bioy Casares, centrada en los aspectos formales de la literatura. Hay un consenso de la crítica en denominar a estas dos tendencias como “moral humanista” y “moral formalista”.

Puede parecer erróneo, o al menos sorprendente, colocar a *Sur* en relación con *poesía buenos aires*. Como se sabe, esta publicación estrictamente poética se constituye en un espacio de enunciación independiente de los circuitos institucionales que hegemonizaban el sistema cultural y literario, a quienes denominaban “oficialismos”: el nacionalismo popular del peronismo; el realismo y las políticas culturales del Partido Comunista y la tendencia neorromántica de la generación del cuarenta, que tuvo acogida en el suplemento cultural de *La Nación*, dirigido por Eduardo Mallea, uno de los miembros gravitantes en el comité de redacción de *Sur*, al menos durante la década del treinta. A pesar de estas marcadas

diferencias, no deja de llamar la atención la presencia de ciertos temas o preocupaciones presentes en ambas revistas. Más allá de que Aguirre fuese invitado a participar de *Sur* y al poco tiempo abandonase, hay ciertos vasos comunicantes subterráneos, cierto sustrato humanista que en esta correspondencia encuentra una conexión que resulta del mayor interés.

En la carta fechada el 6/9/74, Aguirre escribe:

He de procurar conocer a Héctor Ciocchini, si eso le da alegría. Sé que él lo admira y eso lo convierte en mi hermano. Pero vive en otra ciudad que, aunque no tan lejana de Buenos Aires, está bastante aislada, o por lo menos para mí.

En su documentado aparato de notas, Cámpora confirma que esa ciudad es Bahía Blanca e incluso recupera un poema de Sergio Raimondi en el que hace referencia a Ciocchini.³ Fue docente en la Universidad Nacional del Sur, poeta e investigador especialista en Renacimiento y Siglo de Oro. Mantuvo correspondencia con René Char entre 1963 y 1975 y también fue a visitarlo a su residencia provenzal. Ciocchini le dedicó varios ensayos en los que analiza la concepción de poesía y de poeta en términos que resultan próximos a los de Aguirre. En *El sendero y los días* (1973) hay un extenso ensayo desde cuyo título se inserta en la constelación de pensamiento que venimos trabajando: “Hacia un humanismo contemporáneo –Saint-Exupéry, René Char”. Resulta significativa la persistencia en fecha tardía de la corriente humanista cuando ya en los sesenta se produce el desplazamiento de las filosofías del sujeto en favor del estructuralismo.

Finalmente, es pertinente hacer una última consideración sobre el epistolario considerado como libro en sí mismo. Una vez que las cartas salen del ámbito originario para volverse públicas, es necesario considerar un aspecto pocas veces tomado en cuenta en los estudios sobre el enero epistolar: su carácter de “objeto-volumen” (Doll Castillo 2002). No se trata sólo del intercambio epistolar privado entre un destinatador y un destinatario sino que el editor, antologador o compilador se ubica como una instancia que interviene y eventualmente modifica el discurso de las cartas. Rosana Pagés-Rangel afirma que:

El editor se constituye en guía de los lectores y facilitador de la lectura del epistolario: llena vacíos (identifica nombres, lugares, obras), corrige errores ortográficos, añade datos históricos, elimina secciones, aclara palabras. La labor editorial se concibe como la fuerza unificadora de unos “pliegos sueltos”. Su deseo

³ Su hija María Clara, de 16 años, fue secuestrada y asesinada en 1976 durante la Noche de los Lápices.

es, en última instancia, el deseo de entramar, de domesticar esa “obstinada fragmentariedad” que caracteriza al género. Su función es la de arrestar su herejía temporal y espacial, exorcizar su inestabilidad, garantizar un significado estable para proveerlos de su capacidad documental (Pagés-Rangel 1997: 34).

Se habrá podido advertir a lo largo de este trabajo que Magdalena Cámpora posee una relevancia indiscutida en la conformación del libro como objeto. Se constituye como enunciadora autorizada por su investigación y producción crítica sobre el tema y por estar en el origen mismo del proyecto de edición como coordinadora del encuentro entre las viudas de los poetas. El epistolario pierde legibilidad sin esa intervención crítica que repone información sobre textos y personas mencionados que sólo resultan inteligibles para los propios destinatarios de las cartas. Las notas dan cuenta de una indagación filológica que permite apreciar con cuánta frecuencia Aguirre entreteje su escritura epistolar con pasajes o citas sin entrecomillar extraídos de los poemas de Char acaso como un gesto de homenaje a su maestro, de adherirse a su escritura y mimarla. Pero sobre todo, las notas resultan fundamentales para –según palabras de la propia traductora/editora– “hacer visible cierto espesor histórico que esta correspondencia de corte voluntariamente esencialista, idealizado, busca desplazar” (2016: 28). El libro en tanto objeto puede leerse entonces como una dialéctica entre un idealismo poético y la situación histórica donde se ejerce una práctica de escritura. En la correspondencia puede comprobarse cierta continuidad con *poesía buenos aires*, en la que son muy contadas las ocasiones en que la coyuntura social y política se hace presente.

Algunas conclusiones muy provisionarias: es un tópico reconocido por la teoría sobre el género epistolar que la correspondencia entre intelectuales permite profundizar y completar aspectos de su propia producción. El intercambio entre los dos poetas no se configura propiamente como un diálogo en el sentido de intercambio de ideas y debate entre iguales dado que se plantea desde el principio una relación de asimetría entre discípulo y maestro. Sin embargo, al dar cuenta de los avances en el proceso de traducción, se manifiesta de qué modo la lengua del traductor se apropia de objeto y lo convierte en parte de una obra mayor, de una escritura que pone en crisis las fronteras entre producción poética propia y traducción. Sin eliminar la asimetría, introduce una deriva que en cierto punto la pone en cuestión.

A través de Aguirre, Char no se ha vuelto un poeta argentino; más acertado sería pensar en términos de un “devenir argentino”, del mismo modo que hasta podría pensarse en un “devenir bahiense”. Y en efecto, en ese vínculo entre ambos que se ha ampliado a una red

de relaciones que incluye a Ciocchini, las cartas permiten pensar la permanencia de problemáticas de corte humanista asociadas a determinadas reflexiones sobre la figura del poeta y el poema.

Bibliografía

Aguirre, Raúl Gustavo (1983). *Las poéticas del siglo XX*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación.

----- (2014). *Poesía Buenos Aires: edición facsimilar* con prólogo de Rodolfo Alonso, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, V.1

Borges, Jorge Luis (1999). *Otras Inquisiciones*, Buenos Aires, Emecé.

Cámpora, Magdalena (2014). "La traducción como 'instrumento poético': Raúl Gustavo Aguirre, entre Rimbaud y Char". *Letras* 69 - 70: 47-62. Disponible en <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/traducion-como-instrumento-poetico.pdf> Último ingreso 10/ 08/ 2017.

Ciocchini, Héctor (1973). *El sendero y los días*, Bahía Blanca, Cuadernos del sur, Instituto de Humanidades, Universidad Nacional del Sur.

Char, René y Aguirre, Raúl Gustavo (2016). *Correspondencia y poemas: con una antología de poemas de René Char traducidos por Raúl Gustavo Aguirre*, edición a cargo de Marie-Claude Char, traducción y notas de Magdalena Cámpora y prólogo de Rodolfo Alonso. Buenos Aires, Edhasa.

Derrida, Jacques (1998). "Los fines del hombre", *Márgenes de la Filosofía*, Madrid, Cátedra.

Doll Castillo, Darcie (2002). "La carta privada como práctica discursiva. Algunos rasgos característicos". *Signos*, v.35, n.51-52.

Freidemberg, Daniel (1988/89). "Dossier poesía buenos aires". *Diario de poesía* 11: 13-24.

Herrera, Ricardo (2016). "Los compañeros en el jardín". *Hablar de poesía* 34. Disponible en <http://hablardepoesia.com.ar/numero-34/los-companeros-en-el-jardin-2/> Último ingreso 08/ 08/ 2017.

Pagés-Rangel, Roxana (1997). *Del dominio público: itinerario de la carta privada*. Amsterdam, Atlanta, Rodopi.

Podlubne, Judith (2011). *Escritores de Sur – Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*, Rosario, Beatriz Viterbo.

Pound, Ezra (1977). *El ABC de la lectura*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

Serra Bradford, Matías (2016). "Destinatarios de la devoción". *Revista Ñ*, 4 de agosto de 2016.

Disponible en

https://www.clarin.com/rn/literatura/Destinatarios-devocion_0_HksR0t_PXx.html Último

ingreso 10/08/2017.

Violi, Patrizia (1987). "La intimidad de la ausencia: formas de la estructura epistolar" en *Revista de Occidente* 68: 87-99.

***Mario Ortiz** (Bahía Blanca, 1965) es investigador y docente en la Universidad Nacional del Sur (Literatura Contemporánea 1) y en sus Escuelas Medias dependientes (EMUNS). En la actualidad codirige junto a Sergio Raimondi un proyecto de literaturas comparadas. Participó del núcleo inicial del colectivo artístico "Poetas Mateístas" en 1985 y fue libretista radial junto al narrador Luis Sagasti. Todos sus libros de poesía llevan el título general "Cuadernos de lengua y literatura", de los que lleva publicados once volúmenes.